

La emoción y otras emociones varias

Raúl Guerra Garrido
Madrid

[*La Perinola* (ISSN: 1138-6363), 12, 2008, pp. 259-266]

Emocionado en Torre de Juan Abad, y emoción es la palabra clave de cuanto voy a exponer, confiando en que ni la emoción ni el resto de mis palabras sean clausura sino punto y seguido de futuros congresos. Alocución la mía sin novedades dignas de ingresar en ningún estudio erudito o sistemático, pues no habla un crítico docto sino un lector entusiasta, asiduo aunque intermitente, de don Francisco (quizá Gómez) de Quevedo y Villegas. Un músico ciego, don Antonio de Cabezón, elegido por Dios y por los hombres, dijo pocos años antes de nacer Quevedo: «La música suscita los afectos del hombre». Referencia que me gusta aplicar al resto de las artes y de forma muy especial a la literatura. Sin afectos o emociones ningún libro merece ser leído por segunda vez, y sin relectura poesía o novela son simple entretenimiento. De mis primeras y meándricas aproximaciones a Quevedo, siempre provocadoras de relecturas, es de lo que voy a hablarles sin ningún sistema ni autoridad. Un memorándum de primeras emociones, con alguna que otra inverosímil asociación de ideas.

Asumiendo la situación histórica de España entre los siglos XVI y XVII y a nuestro autor como a un excepcional hombre de entresiglos, quizá ejemplo extremo de las contradicciones entre las que se desmoronaba el imperio por aferrarse a un casticismo contrario a la modernidad y, como consecuencia inevitable, por falta de una estructura socioeconómica en la que asentarse. El oro de las Indias, en los orígenes del capitalismo europeo, circulando por nuestro país pero tan sólo de paso hacia la industria del norte y la banca de Liguria. Topónimos éstos, las Indias y Liguria, que con aviesa intención crítica aparecen en su obra. Crítico con su sociedad, sarcástico desmitificador, obsesionado por la dignidad humana, lúcido hasta lo inverosímil, pero impregnado también de las querencias de una clase, la nobleza, a la que pertenecía. Antisemita, antifeminista, sectario y patriota a veces patriotero, pero alanceador de males que para su clase social eran virtudes como el ocio torpe, la razón

desaliñada, la honestidad fingida y el desprecio por el trabajo basado en un falso concepto del honor, desprecio que se prolonga hasta nuestros días en la variante antropológica de «el hombre no está hecho para trabajar, la prueba es que se cansa». Complejo y contradictorio, capaz de ocuparse de una nariz superlativa y al mismo tiempo asumir altas responsabilidades políticas. Variable en tonos, temas y estimas. Conflictivo y estocástico. Para uno, alguien que vivió su existencia hacia la muerte como subjetiva experiencia personal y supo hacer de ella motivo de reflexión. Y, sobre todo, alguien dueño del don de la palabra exacta, prodigio que los dioses sólo conceden a quien llora en el vientre materno.

A partir de aquí mis emociones.

De joven, salvada la rumorología escatológica, mi primera lectura fue poética, un soneto amoroso: «Amor constante más allá de la muerte». El impacto fue el de un obús, lógico pues era el descubrimiento de una de las cumbres de la poesía amorosa escrita en cualquier idioma. Ese desgarramiento afectivo entre el sentir sublime y el razonar desesperado, o la desesperación como esperanza. Esa casi insoportable sensibilidad para describir con palabras algo tan inefable como el amor, algo que sólo quién lo probó lo sabe. Esa actitud de mi alma desatada, cita recurrente pero imprescindible: «Su cuerpo dejará, no su cuidado / serán ceniza, más tendrán sentido / polvo serán, mas polvo enamorado». La fascinación por la rebeldía romántica e intelectual que encierra el último verso, especie de idealismo militante y agresivo frente al canónico «polvo eres y en polvo te convertirás». El estéril pero deslumbrante enfrentamiento de la voluntad de ser a la trascendencia que de su aceptación se deriva.

Sucesivos impactos de su poesía amorosa, morosa y mortecina, pero siempre filosófica. Difícil contener pulso y emoción ante el fulgor de arranques como «Miré los muros de la patria mía» o «¡Ah de la vida!... ¿Nadie me responde?». De un pensamiento que gira obsesivo alrededor de la brevedad de la vida, o de algo peor que la brevedad, su fugacidad, nada se detiene un punto. Esa continua alusión al moroso pero frenético ritmo de la mismidad deshaciéndose a través del calendario existencial de ayer, hoy, mañana. Idea central, eje y fulcro, pero también textual cita que se repite en sucesivos poemas: «Fue sueño ayer, mañana será tierra», «Ya no es ayer, mañana no ha llegado, hoy se está yendo». No hay pausa ni sosiego, todos los días son el día de todos los santos, la vida es un fugaz sueño donde la voluntad de ser es minúsculo alveolo en la inmensidad de una trascendencia ignota e inmisericorde, y si en el principio fue el Verbo, entiende (entiendo yo que entiende él) que el único asidero del ser es el verbo transubstanciado en verso, digamos literatura: gran prodigio, pero mínimo refugio. Prodigio, por ejemplo, en la asombrosa sustantivación de las formas verbales: «Soy un fue, y un será, y un es cansado». Mínimo refugio para esa cansadera vital, para la adolorida marcha hacia la vejez, enfermedad terminal con dolor de corazón siempre doble como sensación física y sentimiento agonioso.

Con una consideración muy personal con respecto a esa su fugacidad de la vida. También de muy joven, me entusiasmó la respuesta de Gog, el personaje de Giovanni Papini, a la pregunta de: «¿Cómo resumiría usted el concepto de vida?» La respuesta fue: «Algo se mueve». Esa concreción de lo biológico como movimiento la incorporé de inmediato a mi vademécum. La vida biológica es tal porque se mueve, porque se desplaza en el espacio. Don Francisco complementó la idea, el paso de lo simplemente biológico a lo biológico racional es la toma de conciencia de lo móvil, pero no sólo en el espacio sino esencialmente en el tiempo: «¡Que sin poder saber cómo ni adónde la salud y la edad se hayan huido!... hoy se está yendo sin parar un punto... hoy pasa, y es, y fue con movimiento que a la muerte me lleva despeñado». Y ahí, en el justo momento del despeño, la transfiguración en polvo enamorado.

Feliz encuentro reseñable fue el dar con *La vida del Buscón llamado Don Pablos*, la más extraordinaria novela picaresca del mundo, probablemente. Novela picaresca desde el supuesto argumental a los criterios de forma y estructura pasando por, o aún mejor, pesando sobre todo ello, la forma autobiográfica del autor-personaje que escribe en primera persona dirigiéndose a un destinatario anónimo que bien puede ser persona de respeto, simple amigo o más sencillamente lector casual. Ni demostrativo ni pedigüeño, Pablos escribe para desahogarse y bien pudiera ser él mismo ese destinatario anónimo para, contándose su propia historia, sino justificarse entendiéndose mejor. Opinión ésta tan discutible como cualquier otra interpretación de su sentido o significado. Lo indiscutible de la obra es su calidad literaria, y quiero ceñirme a la primera y última frase de la novela, a las palabras con que se abre y cierra la acción novelesca.

El Buscón comienza así: «Yo, señor, soy de Segovia». Una afirmación en apariencia simple, quizá hasta modesta, pero en el fondo contundente y eso que sólo podemos captar los matices lexicales pues los fonéticos se nos escapan y la modulación del acento podría influir sobremanera en la sugerencia del verbo.

En el principio Yo. Con mayúscula, pronombre de primera persona y primera palabra del libro, coincidencia esencial puesto que Yo soy el que soy, lo más importante que existe dentro de mi piel es lo que soy. Yo, el rey. Yo, el supremo. Sobre mi caballo yo y sobre yo mi sombrero. Afirmación explícita, descarada, rotunda, sin ese yo, o sea sin mí, la historia no existiría. Usted, querido lector, es lector porque me está escuchando.

De seguido, señor. El tratamiento denota respeto, reconocimiento de excelencia, no a todos con quienes charlas y a quien oyes les tratas de señor. Él no te oye, te escucha y por eso le muestras deferencia, incluso le concedes autoridad, pero por escrito ese señor va con minúscula en contraposición a Yo. También es cortesía y educación debidas, ese es el tono que se quiere mantener.

Remata la frase con una en apariencia banal información sobre su origen geográfico. No banal por cuanto sabe lo que tal denominación

de origen comporta para marcar un territorio sociológico. Segovia es Castilla Vieja y segoviano es castellano viejo, no sinónimo pero sí proximidad a cristiano viejo, no lo cita como limpieza de sangre pero lo deja correr. Quien así cita su topónimo está orgulloso de él y se suponen razones para tal orgullo. Lo deja correr en primera persona pues lo está contando de viva voz, con precisión y amenidad como si lo escribiera. Lo cuenta pues sabe que escribir así, tan de corrido y con encanto, para el inquisidor es fundada sospecha. En algún lugar dice: «¿Sois judío? Parecéislo por el ingenio».

«Yo, señor, soy de Segovia» me parece una de las más logradas primeras frases de la literatura universal. Desde que la crítica estructuralista, alguno de sus aldeaños, a saber cuál, sopesó así la primera piedra del edificio narrativo, desde que se evaluó la primera frase como incandescente ejemplo de síntesis, metáfora argumental y pulso estilístico, los buscadores de perlas bucearon por citas ya tan reconocibles como memorables: «Al despertar Gregorio Samsa una mañana, tras un sueño intranquilo», «Hoy en esta isla ha ocurrido un milagro», «Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento». Citas bruñidas por la reiteración, de la que es exponente máximo la de «En un lugar de la Mancha» a pesar de que los clásicos no suelen entrar en este canon de tajamares, puede que por considerar desdoro hacerles competir. Creo que esta valoración de la primera frase como absoluto inefable es excesiva, aunque en muchos casos sea cierta, pues en porcentaje no desdeñable suelen ser ganas de empezar, de romper el hielo de la página, y por lo tanto ajenas a cualquier rigor alegórico. En cualquier caso, voluntarias o aleatorias, alegóricas o no, entre estas frases memorables, y junto a la del lugar de la Mancha, debírase incluir la de este paisano que dice ser de Segovia.

A título personal, y fuera de contexto, he de confesar que yo, señor, a saber de dónde soy, sólo una vez ensayé en una de mis novelas lo de hacer una primera frase memorable y decidí principiarla con un: «El escritor, nada más recibir la noticia, supo que aquel sería su último viaje». Pero la novela tiene vida propia, pulsiones ocultas con decisiones autónomas, no siempre o casi nunca decide el escritor, y el relato decidió que esa primera frase se conformara con entrar en el grueso del pelotón del primer capítulo.

El Buscón finaliza anunciando su propósito de pasarse a las Indias a ver si con el viaje, mudando de mundo y tierra, mejoraría su suerte, confesando de seguido que le fue peor y rematando sentenciosamente: «Nunca mejora su estado quien muda sólo de lugar, y no de vida y costumbres».

Es curiosa, reitero, la obsesión impuesta por cierta crítica en las primeras frases de las novelas, tanto más extraña por cuanto va unida a un cierto desinterés por las últimas, quizás en las que más afinan los autores en un vano intento de síntesis a la vez brillante y emotivo. «Era como si la vergüenza debiera sobrevivirlo», por ejemplo. Puede que mi última frase favorita sea: «Me fui como quien se desangra». La del *Buscón* es brillante por cuanto resalta el sentido común del pícaro, una especie de

guía (la vida, modo de uso) de la que quien vive a la droga, o busca, es consciente por más que incumpla sistemáticamente sus principios. Lo hace de forma sentenciosa, a modo de refrán, y eso nos lleva a una de las características para mí esenciales de Quevedo, su deslumbrante fecundidad y versatilidad como paremiólogo sin caer en la obsesión del miniador o «cuando no se me ocurre nada escribo pensamientos». Se le ocurren mientras escribe y en general son afluentes, no cauce matriz como es, por ejemplo, el caso de La Rochefoucauld. A pesar del símil fluvial se me recuerda al francés pero con dardos si cabe más afilados. Sus apotegmas son flechas que se disparan de improviso, a veces sin habernos percatado siquiera de la tensión del arco, la sorpresa y la apariencia de facilidad redundan a favor de su brillantez y eficacia. A veces son epitafios: «Aquí yace un contador que jamás erró una cuenta a no ser a su favor».

No es autoridad, pero sí dato significativo. No hay diccionario de citas que no incluya un prieto racimo de paremias quevedescas, frases ya hechas como «poderoso caballero es don dinero» o definiciones tan preclaras como «el amigo ha de ser como la sangre, que acude luego a la herida sin esperar a que le llamen». No es cuestión de hacer una antología, pero a título de mi querencia personal, sí quiero resaltar entre mil dos ejemplos del filo de la navaja conceptista por el que se desliza nuestro autor, la prosa impecable y la idea implacable.

Una, cuando dice: «Aquel monarca que de sus consultas elige por bueno lo que votaron los más, es esclavo de la multitud, debiendo serlo de la razón». La idea así, a quemarropa, nos remite a la reaccionaria pero también brillante de Borges definiendo la democracia como un abuso de la estadística, pero un segundo después nos percatamos de lo contrario puesto que en cualquier tiempo los votos no deciden exactitud ni calidad sino forma de administrarlas.

La otra, cuando dice: «Si te pide el pobre, no digas que le diste, sino que le pagaste, que el pobre que pide al rico lo que le falta y a él le sobra, mandamiento trae, a cobrar viene». La idea, así, a bocajarro, nos remite según militancias al evangelio o al manifiesto comunista.

La poesía nace del dolor. El dolor fue otro encuentro feliz reseñable, éste buscado como lo busco en todos los autores que me emocionan puesto que como León Felipe, poeta y farmacéutico: «Creo que la filosofía arranca del primer juicio y la poesía del primer lamento». Del primer ¡ay! «Este es el verso más antiguo que conocemos, la peregrinación de este ¡ay! por todas las vicisitudes de la historia, ha sido hasta hoy la poesía». Extendámoslo a la literatura entera. Es algo muy personal, mi segunda novela se tituló *¡Ay!*, mi título más sentido pero probablemente el peor título de toda la novela española.

El dolor es un fenómeno complejo y contradictorio, es una sensación terrible, injusta e intolerable, uno de los más profundos miedos instintivos del hombre y ponzoñosa esencia de la tortura, pero también es señal de alarma que como síntoma evita catástrofes mayores. Quizá sea la

máxima expresividad de la vida, puesto que aristotélicamente el sabio no busca el placer sino la ausencia de dolor, pero quien no sabe del dolor nada sabe de la vida. Quevedo era un experto en dolores varios y son frecuentes sus citas referentes a tan dual experiencia: «El dolor del cuerpo es medicina para el sosiego del espíritu» (es la *Virtud Militante*). De todas ellas, de las que conozco, quiero resaltar dos breves lecciones magistrales y la coda de una excepción.

Una hace referencia al dolor como síntoma, también de la *Virtud Militante*, ejemplo de una agudeza intelectual más propia de los novatores que de los poetas: «Más enmiendas han resultado de los dolores, que convalecencias de las purgas. Enfermedades hay en que es indicación de salud el dolor, y muchas veces el no sentir el dolor es señal de muerte».

En la otra define una conducta estoica, pero da un paso más allá de donde pisó Séneca, es *De los remedios de cualquier fortuna*:

Padezco dolor, con sufrirle me padecerá a mí el dolor... El sabio siéntelo, el necio lo padece. Si le opongo la naturaleza, vencéreme; si la razón, vencécele. El dolor milita contra los sentidos de mi cuerpo; contra él militan las potencias de mi alma. Si me vence solamente me nuestro cuerpo, si le venzo me muero hombre.

Esta última frase, «si le venzo me muero hombre», diferenciando cuerpo y hombre, es de una emoción tan honda, aunque de distinta naturaleza, como el verso «de polvo serán, mas polvo enamorado». Encierra la misma rebeldía, la misma dignidad en defensa de lo esencialmente humano, el estéril pero deslumbrante enfrentamiento de la voluntad de ser a lo ineluctable del no ser. No importa que la batalla esté perdida de antemano, «breve ocupación tenéis en llegarme hasta la muerte» le dice al dolor, sabe que si no es un envite será en el siguiente, pero que en el hombre lo importante es esa voluntad esencial ya referida.

En la excepción de la coda si aúna su paso a Séneca y le abraza, quizá le esté cacheando. A pesar de su militancia a favor de la vida (el aborto provocado es homicidio, la pena de muerte es castigo inhumano, ilícito e inútil, y la cesión al suicidio cobardía moral) en una única circunstancia sí se muestra tolerante con una forma de eutanasia, la piedad sobreponiéndose a su creencia religiosa: «En la enfermedad sin remedio, es caridad que el medicamento acabe con la vida, y desesperación dejarla que por sí acabe».

Otros felices y también rebuscados encuentros, correlato inevitable de los del dolor, fueron los referidos a las ciencias de la salud y a sus profesionales. La mala experiencia personal de alguien con constancia de cojera, malavista, herida e infección hace de sus opiniones sentencias demoledoras. «¿Boticarios vienen? Al infierno vamos». No se puede condenar a todo un gremio con menos palabras, reseñándolo al mismo tiempo como eslabón de una nefasta cadena: «el clamor del que muere empieza en el almirez del boticario, va al pasacalles del barbero, paséase por el tableteado de los guantes del doctor y acábase en las campanas de la

iglesia». Está en *Los Sueños* (en el *Sueño de la muerte*), ayer bien comparados y diferenciados con los espectrales de El Bosco. Opiniones demolidoras pero comprensibles si recordamos que quien habla es un moralista exigente, dotado de un ingenio excepcional, al que le fascina repartir doctrina y lo hace en un tiempo en donde a la triaca se le concedía poder terapéutico y circulaban simultáneos el gran elixir cordial para ricos y el pequeño elixir cordial para pobres. «Con diferentes métodos y en diferente vaso se da una purga a un príncipe que a un jornalero». Es lógico que a las pócimas de redoma califique de redomadas.

Es curioso y muy característico de don Francisco que sólo elogie a los boticarios en una ocasión y eso para atacar a los librereros, a quienes odiaba cordialmente. En *La Perinola*:

el boticario es forzoso que sea latino, que sepa la filosofía y el arte nobilísima de componer remedios; y en él está depositada toda la legalidad de la medicina y todo el arte y ciencia. Y para ser librereros no sé que sea menester.

Con lo que tanto aparente elogio a los unos, resulta no tener más razón que el deseo de ofender a los otros. Estocada marca de la casa.

Médicos y demás oficiantes de la salud no salen bien librados en la *opera omnia* de Quevedo. «Médico fue, cuchillo de Natura». Las referencias son abundantísimas y con ellas bien se puede hacer una tesis sobre el arte de curar en la época, no otra cosa es la reciente *Antropología y ciencias médicas en la obra de Quevedo*, de Mariano Turiel de Castro, ilustre boticario regidor del casino de Madrid.

A título personal, otra vez fuera contexto, destaco de entre los sueños y referida a este tema, la retahíla de simples o productos medicamentosos de los que opina que sus nombres son tan desconcertantes que en vez de parecer nombres de remedios «parecen invocaciones de demonios: Buphlalmus opopónax, leontopelatum, tragoriganum, potamogetum, senos pugillos, diacatilicon, petroselinum, sacilla rapa. Y sabido es qué quiere decir tan espantosa barahúnda de voces, tan rellenas de letrones; son zanahorias, rábanos y perejil y otras suciedades». A título personal, digo, porque cuando leí por primera vez este mantra acababa de utilizar en un relato el mismo juego de la voz equívoca, un rosario de letanías en donde al socaire del latín, las denominaciones de plantas se alternaban con advocaciones de la Virgen: *Regina Celis, solidiagio virgaura, Virgo potens, campánula glomerata, Stella matutina, hama-melis virgínica, Regina peccatorum, betula pubescens*, y así seguía hasta *solanum dulcamara, vulgo patata, ora pronobis*.

Y otro factor más personal si cabe, pura imaginación. Entre los muros de esta casa consumió tabaco en humo; el tabaco en polvo, picadura, se utilizaba como rapé y el tabaco en humo, en hojas liadas, se utilizaba como medicamento desopilante, entendiendo la desopilación como obstrucción en general y así se recomendaba tanto en la amenorrea, para facilitar el flujo menstrual, como en los varones con no muy ameno caudal de semen. Se supone a que a don Francisco, en su última estan-

cia, también en ocasiones anteriores, se lo recetaron para facilitar sus evacuaciones y como ventilación pulmonar. A uno, empedernido fumador de puros, le hubiera gustado compartir con él sendos habanos, no desopilantes sino de los de ese vicio hoy políticamente correcto. Es imagen fantástica en la que me complazco. Estoy seguro de su recomendación, echando humo por la boca como si un demonio se tratara, me diría: No te cohíbas.

De la emoción y de los remedios de cualquier infortunio. Del amor, del dolor, de la brevedad de la vida, de emociones varias, no de otra cosa habla Quevedo. Rotundo salvo cuando con la ironía trata de distanciarse de la suerte humana y con el sarcasmo protegerse de su propia angustia existencial. Y, sin embargo, jamás literalmente mencionó la emoción. Jamás escribió literalmente la palabra emoción porque era voz aún no en uso. Me lo comenta Víctor Canicio en Heildeberg, con la meticulosidad del erudito germánico ya instalada en su carácter. Una charla casual que aprovecho. La palabra emoción no aparece, ni siquiera con el disfraz de verbo transitivo o intransitivo, ni en Cervantes ni en Quevedo. Tampoco en el *Tesoro de la lengua española o castellana*, ni en el *Diccionario de Autoridades*, ni en el *Diccionario crítico etimológico* de Joan Corominas. La emoción, definida como «agitación repentina del ánimo» no aparece en el Diccionario hasta 1843, pero así definida, como «*animi perturbatio*», sí está en Quevedo. Por ejemplo: «Miedo es un dolor y una perturbación del ánimo que nace de la imaginación de un futuro mal». Esta ausencia de «emoción» es una paradoja para quien ha insistido tanto en la palabra, pero su importancia no va más allá de la simple curiosidad. Quizá sólo como evidencia del paso del tiempo.

Ayer se fue, el mañana no ha llegado, pero el hoy se produce aquí, en donde nuestro poeta escribió su emocionado «Desde la Torre». Con emocionado homenaje me despido:

Retirado en la paz de estos desiertos
con pocos pero sabios doctos juntos
vivo en conversación con sus asuntos
y escucho con mis ojos sus aciertos

Disculpen la osadía y muchas gracias por su atención.